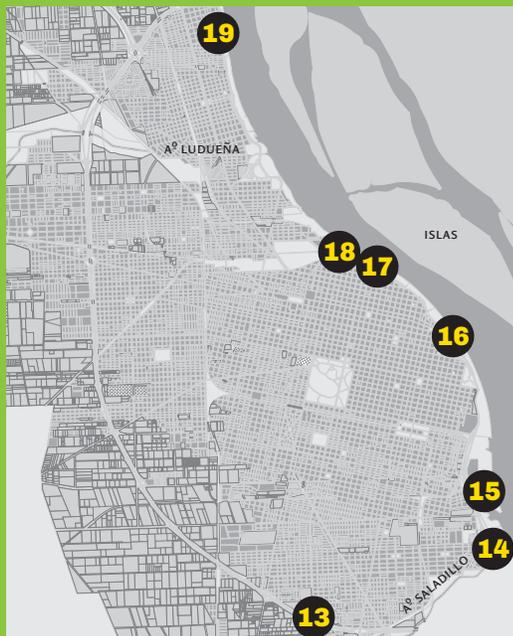




# Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad



**13** El 103 avanza a los tumbos camino al cementerio de Villa Diego. **14** En los botes, jóvenes de camisas blancas que contrastan con el verde de las orillas. **15** Un farol rosarino se hace el oso. **16** Y más atrás el río y la sombra oscura de las islas. **17** Valija en mano, a las veintiuna clavadas. **18** La bóveda que cubre las vías principales. **19** Enfrente, alas y vuelos de patos crestones.

**Oscar**Taborda **Alfonsina**Storni  
**Daniel**Giribaldi **Osvaldo**Bazán  
**Borges**/BioyCasares  
**Daniel**Briguet **Rafael**Ielpi

# Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad



16

14

17

15

18

13

19

EMR agradece especialmente, por su colaboración en la elaboración de esta Guía, a

Ricardo Avaro  
Analía Capdevila  
Eduardo D'Anna  
Hugo Diz  
Elvio Gandolfo  
Francisco Garamona  
Daniel García Helder  
Alberto Giordano  
Diego Giordano  
Rafael Ielpi  
Jorge Isaías  
Jorge Malla  
Gladys Onega  
Judith Podlubne  
Agustina Prieto  
Roberto Retamoso  
Sylvia Saítta  
Oscar Taborda  
Fernando Toloza  
Alberto Carlos Vila Ortiz  
Héctor Nicolás Zinni

Rosario Ilustrada / Guía literaria de la ciudad  
© Editorial Municipal de Rosario 2004

*Edición general* Pedro Cantini  
*Compilación y edición* Martín Prieto y Nora Avaro  
*Ilustración* Luis Lleonart, Milena Alessio y Silvina Marietta  
*Diseño* Cosgaya Diseño  
*Impresión* Borsellino Impresos

Esta edición se compuso con las fuentes *Rosario y Chivo*, de Héctor Gatti (Rosario, Argentina, 2004).

**:e(m)r;**  
EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO

# 13

## Acceso Sur

por Oscar Taborda

**P**ara uno que viene por la autopista y dobla a la derecha por la circunvalación, hacia el lado del río, el crepuscular paisaje del barrio Las Flores tendría que conmoverlo. Por un lado unas cuantas manzanas de techos bajos, de donde sobresalen como tótems esmirriados tanques de agua, y por el otro, avanzando desde el descampado, con su formato excéntrico, lenguas de pocilgas cuyo color general podría definirse como rojo de siena tostada.

Tiemblan, allá abajo, unas lucecitas dentro de las casas, veladas por el humo de unas fogatas que consumen los cardos crecidos en el declive que va desde el borde del terraplén hasta la primera hilera de postes de electricidad, y surgido de entre los escombros molidos, por una calle que tiene charcos y piedras en proporciones iguales, un 103 que avanza a los tumbos arrastrando consigo a seis o siete pasajeros camino al cementerio de Villa Diego.

Apenas subió quedaron atrás las paredes blancas de una capilla —con su torre piramidal— rodeando unos montículos de tierra que destinan los misioneros para que sus futuras ovejas descarguen la energía sobrante de la misa, y justo enfrente, disputándole la clientela (aunque haya que girar la cabeza ciento ochenta grados para verlo), un pequeño santuario, cuyo modelo más próximo es la cucha de un perro, engalanado con flores de plástico y espigas bajo la cruz en memoria del hijo aplastado hace tres años. Había, tascando a un costado, casi pisando los reducidos trozos de azulejos que podrían llamarse bizantinos, unos caballos de crines largas; un poco más lejos los carros de donde habían sido sacados; y brillaba, cerca de ahí, frente a unas cercas de caña separando “propiedades”, un hilo de agua que salido de la canilla pública, al pie de unos eucaliptos, iba a parar a una canaleta oculta entre los hirsutos matorrales.

Cien metros adelante es el turno de pasar sobre un puente y ver

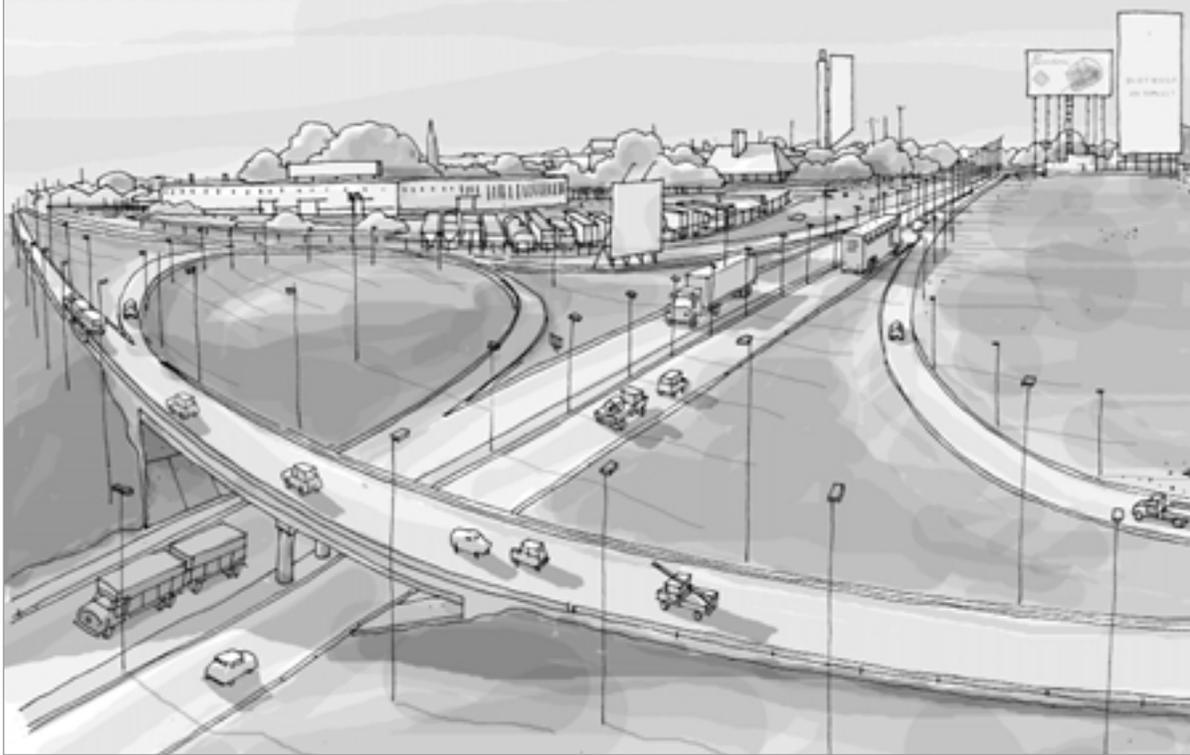


**El 103 avanza a los tumbos camino al cementerio de Villa Diego**

>>>

>>> desde ahí los fondos de lo que fue un supermercado, con sus cuatro o cinco tragaluzes y su aspecto de vaca empantanada o de mezquita: unas mujeres sorteando con pasos de cabra la zanja entre yuyos que sus bolsos y polleras empujan, y, dado el movimiento del auto, teniendo primero como telón de fondo la arcada del club adonde un estibador ha ido apilando cajones que contienen envases vacíos de cerveza, y luego la despojada escenografía del cielo del oeste que se hunde.

Oscar Taborda nació en Rosario en 1959.  
Este fragmento pertenece a su novela *Las carnes se asan al aire libre* (Rosario, Editorial Municipal de Rosario, 1996).





Los cardos encendidos, las paredes blancas de una capilla, un santuario engalanado con flores de plástico y las largas crines de un caballo en el barrio Las Flores, cree el viajante, deberían conmoverlo. Pero no lo conmueven.



14

## El Saladillo

por **Alfonsina Storni**

**En los botes,  
jóvenes de  
camisas blancas  
que contrastan  
con el verde  
de las orillas**

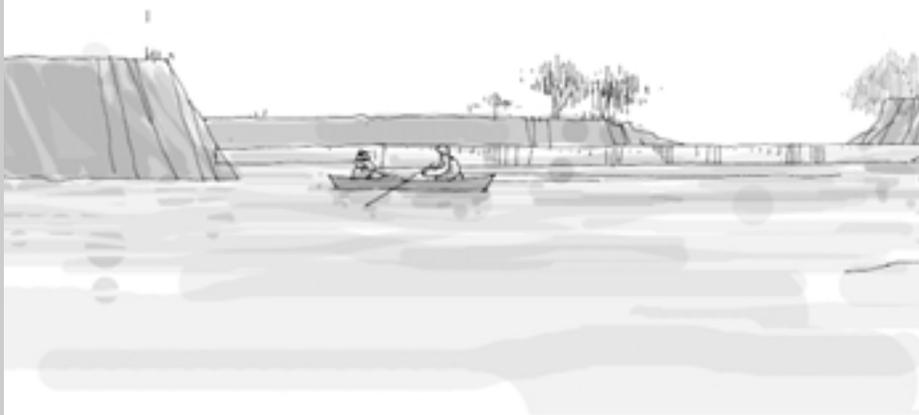
Un gran río te ciñe de rojizas barrancas,  
por donde grandes buques hallan tus puertas francas.

Pero si aquél es sobrio, grave, fiero, orgulloso,  
otro pequeño y fino te sirve de reposo.

Y, como si quisiera que añoren tu frescura,  
se encapricha y se seca, si le da la locura.



A principios del siglo XX, en los años en que Alfonsina Storni vivió en Rosario, trabajó en un bar, en una fábrica de gorras, cantó en un teatro como corista, mientras no paraba de escribir poemas. Los fines de semana, como todo el mundo, se iba de pic-nic al arroyo.



Alfonsina Storni nació en Sala Capriasca (Suiza) en 1892, y murió en Mar del Plata en 1938. Este poema forma parte del volumen colectivo *Seis cantos a Rosario* (Rosario, Biblioteca Argentina, 1949).

Así, pequeño y todo, se da el lujo de darte  
bosquecillos de sauces; esto para alegrarte.

En festivas mañanas, bellos adolescentes  
vuelan sobre canoas livianas, imprudentes,

y sus camisas blancas contrastan con el verde  
césped de las orillas que en el agua se pierde.

>>>



>>> Bajo el golpe del remo, corta el agua la quilla  
y tiemblan las canoas suspensas en la orilla.

Empleados, estudiantes de pesada semana  
remando alegremente se pasan la mañana.

Pintoresco, repleto, va llegando el tranvía  
donde vienen familias a pasar el día.

Bajo los verdes sauces tienden blancos manteles  
y sacan de sus cestas botellas y papeles.

Toman mate, se acuestan para dormir la siesta,  
que duermen si el vecino pic-nic no los molesta.

¡Algazara de obreros, empleados, costureras  
juveniles, alegres, bulliciosas parleras!

Cuando la noche llega los tranvías no alcanzan  
para tantos, y a saltos, a su encuentro se lanzan.

Llenan las plataformas, y por las ventanillas,  
asoman los sentados sofocadas mejillas.

Tímidas, las mujeres, se quedan rezagadas  
y esperando su turno conversan agrupadas.

Requiebros maliciosos les suelta el muchachote  
que va en la plataforma, y ellas le ponen mote.

Lloran los chiquilines, somnolientos, cansados,  
y los padres los cargan, contentos, resignados.

Y la masa flotante, planchada, dominguera,  
no se acuerda que el lunes de trabajo la espera.

15

## Entre Tablada y Villa Manuelita

por Daniel Giribaldi

### El fachinal

Tal como la juné cuando mocoso,  
yira la luz. La tarde anda sin guita  
y entre Tablada y Villa Manuelita  
un farol rosarino se hace el oso.

Según es fama, un fachinal leproso  
viste la roña de La Basurita  
y el que quiere cruzarlo necesita  
una brújula, un mapa y un bufoso.

Sin bufoso, sin brújula y sin mapa,  
del brazo de la luz lo he recorrido.  
De choma, en parte. Y lo demás de otario.

No sé si un día me pondrá la tapa  
por otario o por choma, en un descuido:  
¡me tira el fachinal que hay en Rosario!



Un farol rosarino  
se hace el oso



En los años 50, el periodista y poeta rante Daniel Giribaldi vivió en Rosario. Temerariamente visitó las colinas del hambre de Rosa Wernicke y sobrevivió para contarlo.



Daniel Giribaldi nació en Buenos Aires en 1930 y murió en la misma ciudad en 1984. Este poema pertenece a su libro *Sonetos mugres* (Buenos Aires, Editorial Sudestada, 1968).

16

## Parque España

por Osvaldo Bazán

Y más atrás  
el río y la sombra  
oscura de las  
islas



La cita era en un bar, el Aux deux Magots. Ese lugar, ahí en el comienzo del Parque España, se había convertido en un balcón cálido para mirar el Paraná, al que solíamos ir en las tardes de domingo de invierno a jugar a *Carrera Demente* y tomar café irlandés. Nos íbamos a encontrar en una de las mesas de los ventanales que dan al río. Llegué temprano, llegué como media hora antes. Llovía y el río era una cosa gris, como las islas. Las gotas golpeaban con fuerza en el vidrio y yo no podía sacarme los anteojos mas negros que conseguí.

Entonces entró, rápido, nervioso, ya sin el yeso.  
Tardé en reconocerlo.

Estaba despeinado, por primera vez desde que lo había conocido; tenía el pelo un poco más largo de lo que nunca lo había tenido. Ya no usaba anteojos, tenía lentes de contacto color miel, se había puesto un arito en la oreja derecha, una remera y unos pantalones super ajustados. Nunca se había vestido así. Tan... maricón.



¿Qué dice la remera? pregunté pero ya había visto. Decía *It's easy for you*.

Lo que estás viendo dijo, y me pareció que sonrió. Pero sólo me debe haber parecido. Se sentó en la silla al lado mío, también mirando la lluvia en el vidrio y más atrás el río y la sombra oscura de las islas.

Sí, claro, pero... ¿qué quiere decir?

¿Vas a cuestionar todo? ¿Qué tenés miedo? ¿Que quiera decir que soy fácil para los demás? ¿Tenés miedo de eso? Ya está, Osvaldo. No tenés que preocuparte por eso.

¿Cómo no me voy a preocupar? ¡Mirá lo que decís!

Bueno, también puede leerse como que es fácil para los demás pero difícil para mí. ¡Qué se yo qué quiere decir! No la compliques.

No supe entonces, aunque había pruebas claras que no quise ver ahora sé que había pruebas claras que no quise ver de que ya no. Que basta. Que fue. Que andá a saber por qué, habíamos empezado a entender las mismas cosas de una manera totalmente distinta. Que el punto en común que alguna vez nos unió, ya no existía. Que con la misma magia que había aparecido, había desaparecido. O quizás nunca hubo magia. Quizás nuestras necesidades se habían ido modificando hasta acomodarse y llegó el momento en que empezaron a incomodarse. Lo que no quise ver en Aux deux Magots era que ya todo había sido devastado.



La lluvia detrás de los vidrios como el correlato natural del llanto detrás de los anteojos más negros del mundo. Y la escena de la despedida que, en el melancólico recuerdo del abandonado, vale más que la del encuentro.



17

## Estación Rosario Norte

por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares



H. Bustos Domecq, el narrador ficcional de este cuento, fue la firma que Borges y Bioy inauguraron en 1943 para escribir en colaboración. Bajo ese heterónimo idearon un extravagante escritor nacido en Pujato (Santa Fe) que vivió en Rosario en los años dorados del ferrocarril.

—Este año de 1927 me resultó la fecha nefasta —explicó—. Por un lado, la crianza de conejos albinos, auspiciada por un avisito en recuadro como esos de Longobardi, me dejó la quinta hecha un colador, llena de cuevas y de pelusas; por el otro, no acerté un peso en la quiniela ni en el hipódromo. Le soy verdadero, la situación había revestido ribetes alarmantes. En el horizonte asomaban las vacas flacas. En el barrio me negaban el fiado los proveedores. Los amigos de siempre, al divisarme, cambiaban de vareda. Acogotado por todas partes resolví, como corresponde, apelar a la Maffia.

En el aniversario de la muerte natural de Carlo Morganti me presenté de luto en el palacete de César Capitano, del Bulevar Oroño. Sin aburrir a ese patriarca con el pormenor pecuniario, que fuera de peor gusto, le di a entender que mi desinteresado propósito era aportar una adhesión a la obra que él presidía tan dignamente. Yo temía los ritos de iniciación, de que se habla tanto, pero aquí donde usted me ve, me franquearon las puertas de la Maffia, como si me respaldara el Nuncio. Don César, en un aparte, me confió un secreto que me honra. Me dijo que su situación, por lo sólida, le había granjeado más enemigos que liendres y que a lo mejor le convenría una temporadita en una quinta medio perdida, donde no lo alcanzaran las escopetas. Como no soy afecto a perder oportunidades, a toda velocidad le respondí:

—Tengo, precisamente, lo que usted busca: mi quinta Las Magnolias. La ubicación es aparente: no está muy lejos que digamos para quien conoce el camino y las vizcacheras descorazonan al forastero. Se la ofrezco a título amistoso y hasta gratuito.

La última palabra fue el mazazo que la situación requería. Haciendo gala de esa sencillez que es propia de los grandes, don César inquirió:

—¿Con pensión y todo?

Para no ser menos le respondí:

—Usted podrá contar con el cocinero y el peón, como cuenta conmigo, para satisfacer el más inesperado de sus antojos.

El alma se me fue a los pies. Don César frunció el ceño y me dijo:

—Qué cocinero ni qué peón. Fiar en usted, un Juan de afuera, es tal vez un dislate, pero ni loco le consiento que meta en el secreto a esos dos, que me pueden vender a Caponsacchi como chatarra.

La verdad es que no había cocinero ni peón, pero yo le prometí que esa misma noche los ponía de patitas en la calle.

Arqueado sobre mí el Gran Capo comunicóme:

—Acepto. Mañana, a las veintinuna clavadas, lo espero valija en mano, Rosario Norte. ¡Que crean que me voy a Buenos Aires! Ni una palabra más y retírese; la gente es malpensada.

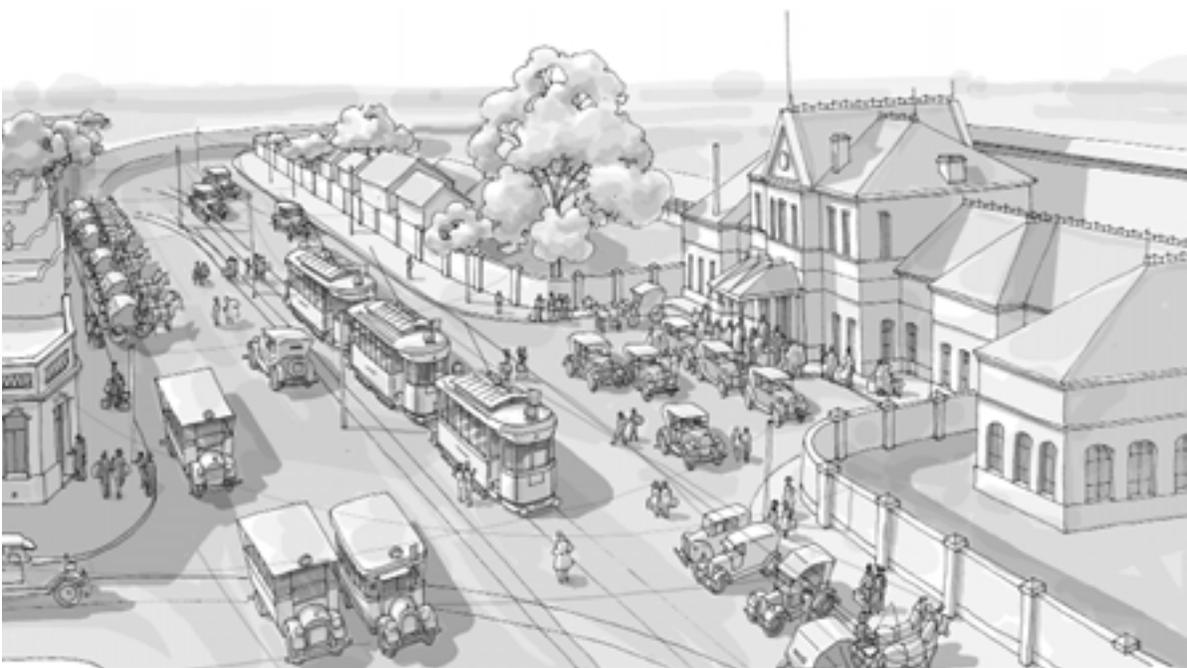
El más fulminante de los éxitos coronaba mi plan. Tras un improvisado zapateo, gané la puerta.

Al otro día invertí buena parte de lo que me prestase el carnicero Kosher en alquilarle el break a un vecino. Yo mismo hice las veces



**Valija en mano,  
a las veintinuna  
clavadas**

>>>



>>> de cochero y desde la ocho p. m. revisté en el bar de la estación, no sin asomarme cada tres o cuatro minutos, para verificar si todavía no me habían robado el vehículo. El señor Capitano llegó con tanto atraso que si quiere tomar el tren lo pierde. No es sólo el hombre de empresa que el Rosario de acción aplaude y recela, sino un pico de oro continuo, que no te deja meter baza. A las cansadas llegamos con el canto del gallo. Un succulento café con leche reanimó al invitado, que presto retomó la palabra. Poco minutos bastarían para que se revelara como un conocedor infatigable de los más delicados vericuetos del arte de la ópera, singularmente en todo lo que atinge a la carrera de Caruso.



18

## Estación Rosario Norte (2)

por Daniel Briguet

**R**osario Norte es el esqueleto de lo que fue. Una estación despojada de trenes, de gente y de movimiento. Y carcomida por la inacción de los años en desuso. La entrada principal está cerrada por un tejido y más allá pueden verse montículos de arena y bolsas de cemento. Parado allí observaba, de adolescente, el movimiento de las chicas que trabajaban en los piringundines de enfrente. Nada espectacular: una mujer cuarentona, con la clásica carterita en ristre, y un tipo que de vez en cuando se acercaba. Una

La bóveda que cubre las vías principales

>>>



>>> breve conversación —precio y regateo— y la entrada por el pasillo. Lo más notorio de aquellas mujeres solían ser sus pechos desbordantes. Lo que ocurría dentro era previsible pero, para mí, tenía el encanto de lo prohibido.

Entro por una puerta lateral, que da sobre la antigua playa de estacionamiento, y me deslizo debajo de la bóveda que cubre las vías principales. Sólo veo a un par de obreros descargando material sobre el viejo andén. A la altura de la entrada de la confitería, me detengo un momento: trato de ver hacia adentro pero me tropiezo con puertas y ventanas herméticamente cerradas. Falta poco para que oscurezca de modo que el ámbito de la estación está envuelto en una suave penumbra. Al seguir caminando, veo dos chicos que vienen en sentido contrario, tal vez desde el Crotario. Me cruzo con ellos y creo conocer al de la izquierda: un muchacho de cabellos largos, tipo hippie y el torso desnudo. Trato de acordarme dónde lo he visto antes.

Un poco más allá de la bóveda están los galpones donde comienza el Crotario. Casillas, depósitos o viviendas que antes estaban ocupadas por el ferrocarril. En la primera del sector, según sus indicaciones, debe vivir Sandra. Me detengo allí y golpeo una puerta de madera, sin saber bien por qué.



Donde había un edificio, hay un esqueleto; donde había pasajeros, no hay nadie; en los depósitos y casillas hay un Crotario. Pero en la decadencia persiste el espíritu de reunión propio de las terminales de trenes, y ahí está Sandra, esperando que alguien golpee su puerta.

# 19

## Balneario La Florida

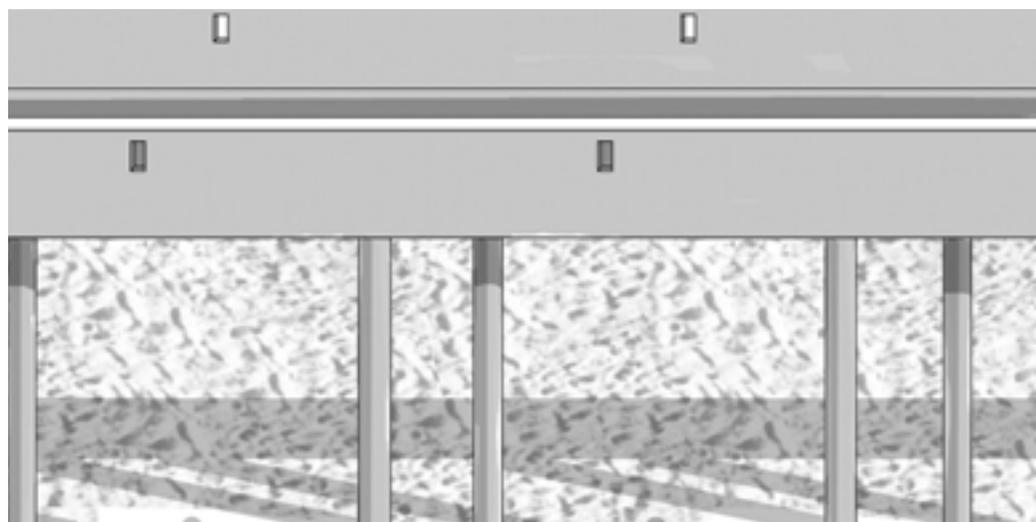
por **Rafael Oscar Ielpi**

**C**uando se despertó, la arena estaba empezando a calentarse con el sol del verano. Enfrente, alas y vuelos de patos crestones y las islas como una presencia verde sobre el río marrón. La playa tenía todavía frescas las huellas del sábado: papeles, envases de cartón, botellas de gaseosas, paquetes de cigarrillos, restos de un ocio irrepetible y efímero.

Se removió contra las mantas amontonadas en el suelo y trató de desperezarse. Le crujieron los huesos con el esfuerzo: gateando, hizo los primeros metros hasta que pudo ponerse de pie y caminar hacia la orilla. Se mojó la cara con el agua que todavía estaba fresca y llenó el tarrito para hacer mate cocido.

Estuvo en esos menesteres un largo rato. De vez en cuando, mientras se rascaba la impenetrable pelambre, miraba la extensión del balneario desierto. Dos o tres hombres, con largas ramas secas de palmera, comenzaban la limpieza de la arena, esperando a los primeros visitantes del domingo. Una que otra gaviota extraviada daba vueltas sobre el río, lanzando sus gritos ásperos y volvía a

>>>



Con ramas secas de palmera barren de la playa la resaca del sábado—papeles, botellas, envases de cartón—, y preparan para el domingo una fiesta que excluye a los dueños del lugar.

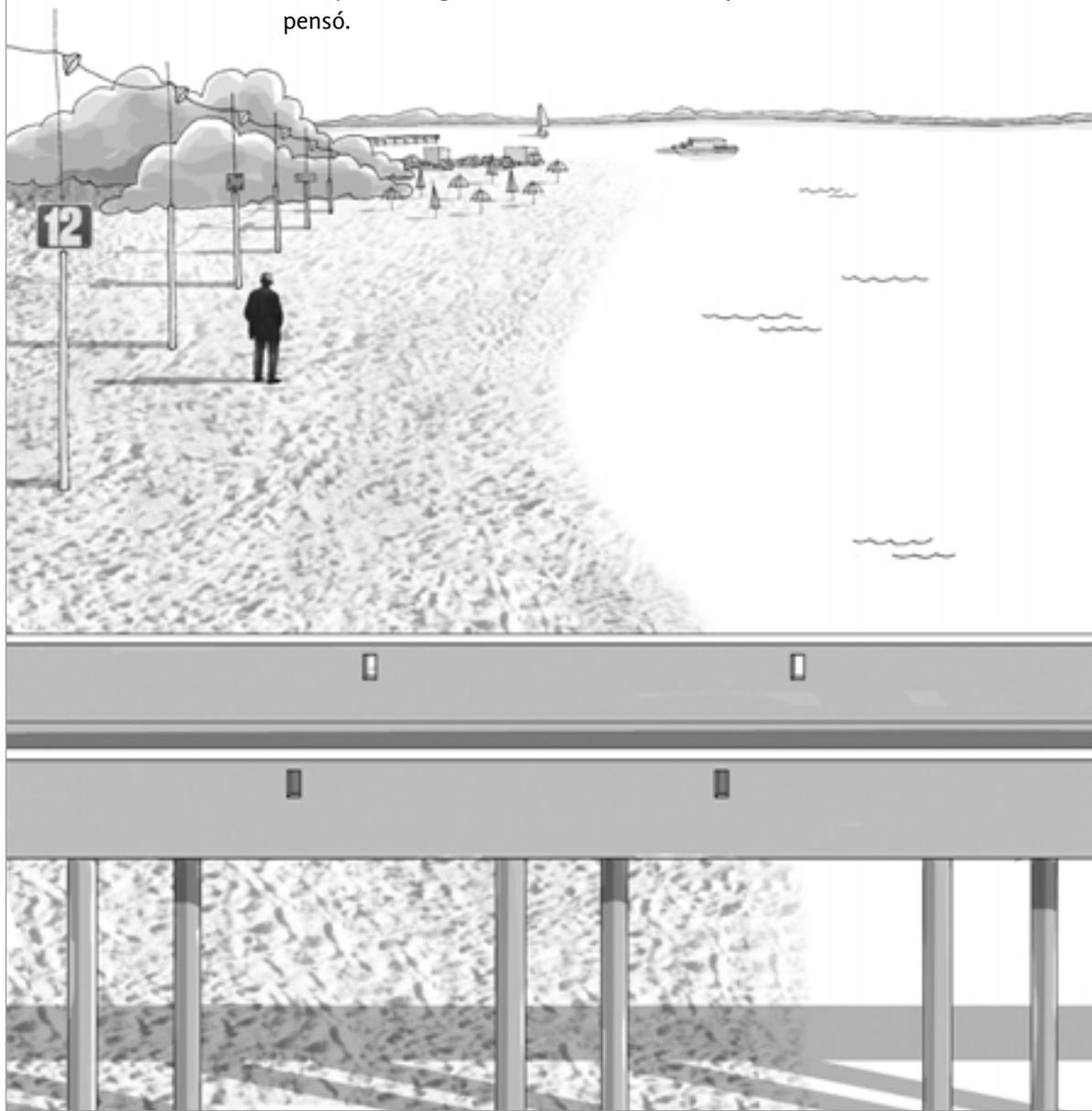


**Enfrente, alas  
y vuelos de patos  
crestones**

Rafael Oscar Ielpi nació en Esquel (Chubut) en 1939. Este es un fragmento del cuento "Un mago en La Florida" perteneciente a su libro *No Juegues con gitanas* (Rosario, Editorial Krass Artes Plásticas, 1991).

>>> partir después, hasta convertirse en un puntito en el horizonte y después en nada.

Cuando el calor empezó a molestarlo tomó sus pertrechos (una bolsa con ropa, unos tachos atados entre sí con alambre, el rollo con las mantas y unos diarios viejos) y buscó refugio contra el largo muro de los vestuarios, donde se juntaban dos o tres arbolitos mezquinos. *¿Quién habrá sido el maricón que inventó el verano?*, pensó.



# Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad



## En el próximo número

**Eduardo D'Anna Héctor Sebastianelli**  
**Florencio Sánchez Fausto Hernández**  
**Edgardo Dobry Francisco Gandolfo**  
**Alberto Lagunas Angélica Gorodischer**

## Recorrido 4 de 10

**Aparece el domingo 8 de agosto**

# Rosario Ilustrada

**Guía literaria de la ciudad**

*En el año del III Congreso Internacional de la Lengua Española  
“Escritura literaria: la invención de una identidad”*



III Congreso Internacional  
de la Lengua Española  
Identidad lingüística y globalización

**:e(m)r;**

EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO



MUNICIPALIDAD DE ROSARIO  
SECRETARÍA DE CULTURA Y EDUCACIÓN

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)